

Una sociedad enferma

UN día resonó en oídos cristianos la lapidaria frase: "el que no trabaje que no coma". Y no la pronunció ningún revolucionario político, sino un cristiano respetuoso de la autoridad; pero más respetuoso todavía de la justicia. Fue San Pablo, cuando pasó de ser el duro y sectario fariseo a convertirse en un hombre progresivamente abierto y más lleno de humanidad.

Más tarde esta frase resonó también en bocas revolucionarias, y reconocieron éstas que el cristianismo, por muy pacífico que sea, siempre posee una veta "revolucionaria y democrática" que intuyeron en el pasado siglo Marx, Engels y Lenin, a pesar de su incomprensión de otros muchos aspectos del Evangelio.

El trabajo ha sido siempre respetado por el cristianismo, y desde el principio de su historia procuró tener un creciente aprecio de su dignidad, si bien muchos cristianos que lo eran sólo de nombre falsificaron esta postura llevados más por su afán de poder que por su deseo de hermandad y de respeto a la expresión libre y creativa del hombre.

El antiguo siervo, que vivía bajo un régimen de imposición del trabajo, como si fuera una simple y elemental máquina de producir para el amo, fue defendido por la Iglesia —si bien fuese de modo insatisfactorio todavía— al implantar el descanso dominical. Las leyes eclesásticas, pocos siglos después de la venida del cristianismo, exigieron del señor que respetase el necesario descanso de sus siervos el día de fiesta. Ley llena de humanidad para su tiempo, que luego se convirtió en una legislación casuística y ridícula por sus sutiles distinguos sobre lo que era pecado o no lo era (coser la mujer lo era, y, en cambio, bordar no; hacer un negocio especulativo no lo era, y cultivar la huerta para solaz y descanso sí lo fue).

Los anacoretas y cenobitas que vivían en el desierto de Egipto, pocos siglos después de la muerte del fundador del cristianismo, superaron pronto su equivocado ocio religioso, imponiéndose algún trabajo artesanal por sencillo que fuese. Y algunas grandes órdenes religiosas, como la fundada por San Francisco en plena Edad Media, tenían a gala ayudar a los campesinos italianos en sus labores del campo sin recibir por ello ninguna remuneración en dinero.

El trabajo manual, desacreditado en tiempo de griegos y romanos, es asumido por el cristianismo al menos inicialmente, aunque su idea sea todavía insuficiente: "el trabajo ya no es un obstáculo para la vida del espíritu —como en la

Grecia y Roma clásicas—, sino un medio de llegar a ella" (E. Borne, *El trabajo y el hombre*, B. Aires, 1944). Y de esta postura subjetiva y algo evasivista se pasa a la valoración objetiva del mismo, aceptándolo no sólo como realización religiosa del sujeto, sino como valoración y aprecio de la perfección de la obra misma que influye en el mundo y en la persona que lo realiza.

San Agustín increpó a los monjes africanos que no querían trabajar porque opinaban que esa actividad no les correspondía a ellos, por resultar sólo propia de los seculares. Y San Benito —el fundador de la primera orden— hará que el trabajo sea al mismo tiempo "una necesidad material inevitable y un buen medio de formación para el alma y el cuerpo". Los primeros franciscanos ni siquiera quieren ir a Universidades, por dedicarse más de lleno al trabajo manual dignificando con su dedicación religiosa el mismo.

Santo Tomás, en el siglo XIII, analiza el valor moral del trabajo, y afirma que "la obligación de trabajar es un deber natural que tiene su raíz en la incapacidad que tiene el hombre de bastarse a sí mismo, y en su doble vocación racional y libre" (E. Borne, o. c.). Postura que no tiene precedente alguno en la Ética de Aristóteles, en la cual no hay ningún capítulo sobre la virtud del trabajo.

El trabajo se descubre, a través del cristianismo, que es "una necesidad económica", un "valor religioso redentor", "una obra social encaminada al bien de todos", "una obra objetiva, exterior, que enriquece al alma y al mundo". Y en las catedrales del Medioevo brilla esta apoteosis del trabajo. En Francia figuran en muchas de ellas vidrieras con escenas de la fabricación de paños sin otro motivo religioso, porque "el homenaje al trabajo se basta a sí mismo". En Chartres se da la misma importancia complementaria a la vida activa y a la contemplativa, siguiendo la idea de Santo Tomás de que unir ambos géneros de vida es más perfecto que elegir sólo uno de ellos. En su Pórtico Norte, seis mujeres jóvenes trabajan la lana con rostro claro y sonriente, porque todavía la labor productiva no ha adquirido el tinte duro, frío y agobiante que adquirió más tarde en pleno desarrollo industrial de los siglos XIX y XX: no se ha inventado todavía ni la esclavitud de las minas o telares de la Inglaterra decimonónica ni el agobiante trabajo del estajanovismo ruso propugnado por Stalin en 1935. Con la venida del capitalismo se hace del trabajador un instrumento "quitándole la pro-

piedad y la libertad". Y se habla mucho del trabajo, pero su experiencia es dura, dolorosa y sin posibilidad de amor al mismo.

Estamos muy lejos de la perspectiva futura vislumbrada por Kautsky: "el trabajo, que hoy es una carga, llegará a ser una felicidad: dará a cada uno una plenitud de satisfacción, incluso sin el atractivo del salario", porque resultará ser una necesidad vital, y no una necesidad para la subsistencia personal.

Sin embargo, podemos preguntarnos hoy: ¿adónde hemos llegado en el mundo occidental, y concretamente en nuestro país?

La marcha de los parados, y su concentración madrileña en el Palacio de los Deportes, nos descubren una profunda y trágica llaga del mundo del progreso supercapitalista: su pago es el paro. Algo que está entrañado en el hombre, y que el cristianismo desarrolla además a otros niveles, no tiene sentido para 2.800.000 españoles de todas las edades, sexos y condiciones sociales. Está condenado este 20 por 100 del país activo a una mutilación inhumana. El hombre, que tiene el deber de trabajar según la moral, tiene el derecho correspondiente al trabajo, según descubre hoy el análisis psicológico, antropológico y social de lo que es el hombre.

Y si, bajo apariencias de modernidad y de desarrollo, hemos llegado a esta trágica situación de paro, estamos ante una sociedad radicalmente injusta.

El grito unánime de los representantes de los trabajadores en paro fue: queremos trabajo. No piden subsidios porque no quieren limosnas, sino quieren que el derecho elemental a trabajar sea una realidad, y no sólo una bella palabra escrita en letras de molde en nuestra Constitución futura. Nuestros obispos de la Comisión episcopal de Pastoral Social acaban de criticar que algunos gobernantes y líderes económicos españoles digan que "el paro es necesario en el momento actual para poder salir de la crisis". Porque lo que hay que hacer es luchar contra los "responsables directos o indirectos del paro: los que evaden capitales, los especuladores, los que se aprovechan de la inflación, los que gastan inmoderadamente, los que invierten en bienes improductivos, los que subordinan la solución del paro a los intereses de partido...". Y con esto démonos cuenta de que "todo nos afecta a todos". ■

